

DÍAZ MARTÍNEZ, Capitolina. *El presente de su futuro. Modelos de autopercepción y de vida entre los adolescentes españoles*. Madrid: Siglo XXI, 1996.

En el encabezamiento del prefacio de su conocida obra *Clases*, recoge Erik Olin Wright una recomendación familiar que debió crear un, al parecer, precepto indeleble en su trabajo académico: «Debes aprender —dice Beatrice A. Wright— a escribir de tal forma que a tus críticos les sea lo más fácil posible saber por qué están en desacuerdo contigo». Pues bien, y aunque aquí no se trate de desacuerdo, es de destacar, en el mismo comienzo de la crítica del libro, lo de agradecer que resulta la buena escritura para un trabajo evaluador, siendo el caso de una autora que domina las artes comunicativas al nivel de poder presentar juntos, con tanta fluidez y rigor expositivo como claridad, áreas tan complejas y distantes como la psicología social, la educación, el análisis metodológico cualitativo y la cibernética de segundo orden. Todo ello, adobando un tema tan crucial como el de la transición de la niñez a la juventud y edad adulta. Probablemente, junto a su capacidad comunicativa, ha sido el amplio currículo de su autora, Capitolina Díaz, PhD en Sociología por la Universidad de Londres y profesora de ese área en la Universidad de Oviedo, con amplia trayectoria docente en nuestro sistema educativo, lo que le ha permitido afrontar tan ardua empresa con las garantías de éxito que hoy se constatan. Si bien, una pega inicial se le podría poner a ese empeño exitoso: lo críptico de la primera parte del título, que hace que haya que leerse prácticamente todo el libro para, como en las novelas, llegar a entender la relación causal que la autora pone entre el presente y el futuro de los adolescentes vía, descubrimos, los modelos de autopercepción. Aunque tampoco deja de ser un acicate, a modo de celada, para su lectura

En efecto, el propósito declarado del estudio es definir, analizar y operativizar el concepto de *sistemas de autopercepción*, mediante el estudio de la relación entre las *autopercepciones*, o formas en que un centenar de adolescentes madrileños entre los 13 y 14 años se ven a sí mismos y al mundo que les rodea, y su rendimiento académico. El hilo conductor del trabajo es que esos chicos y chicas son *agentes sociales autónomos que definen sus estrategias educativas de acuerdo con sus expectativas personales*. Para ello, la autora trata de valerse de una metodología, el *análisis sociosemántico*, una combinación del análisis de contenido, el Q-análisis y el escalamiento multidimensional no métrico, que intenta salvar la distancia entre las tradiciones cuantitativa y cualitativa. Pero vayamos por partes y veamos en qué consisten cada una de los seis capítulos en que se divide el libro.

El trabajo comienza fuerte, situándose, a modo de suculento aperitivo, contra la *ingenua filosofía compensatoria y el fatalismo cultural* y a favor de lo que llama, como declaración de principios, *motivación socioeducativa*. En el transcurso, pasa revista a las teorías que tratan de explicar el fracaso relativo de la educación de masas como instrumento de nivelación social: la deficiencia cultural, la reproducción y el relativismo cultural. Teorías a las que contrapone la visión de los individuos como *sistemas socioculturales de autopercepción*, susceptibles, por tanto, de un potencial para la autorrealización y la innovación cultural a desarrollar a través de la educación. Un desarrollo en el que, quizás, fuese posible apreciar un cierto voluntarismo, pero que, ciertamente, significa un avance sobre las perspectivas de la resistencia y de la producción cultural.

En el capítulo 2 aporta los fundamentos teóricos, o *nociones heurísticas*, de la investigación, que tienen su origen en el pensamiento sistémico, en sus acepciones clásicas y recientes, así como en la cibernética de segunda generación, que se extiende desde Geyer y Zouwen a Varela y Maturana. Orígenes que confluyen en una analogía biosocial, que constituye un acercamiento interesante entre sociología —especialmente la de tipo interpretativo— y biología, y que, obviamente, no deja de estar preñado de problemas. Unos problemas que derivan, tanto de los temores históricamente fundados al maridaje entre ambas ciencias, como de lo reciente e incipiente del intento. En un sentido tranquilizador actúa el paralelismo existente entre la metáfora que establece Maturana entre organismos vivos y sociales y el organicismo alemán que fecundó en Durkheim. O, igualmente, el ver como Weber o Mead vienen a la memoria cuando se lee sobre clausura organizacional e individual. En todo caso, y al César lo que es del César, *la cibernética moderna* —dicen Geyer y Zouwen en el libro— *hace posible salvar la separación micro-macro en el pensamiento científico social entre el individuo y la sociedad entre la libertad y el determinismo*.

El capítulo 3 está dedicado a definir el concepto, central en todo el estudio, de *sistemas de autopercepción*, comparándolo con otras nociones psicológicas y sociológicas con él relacionadas: autoconcepto, autorreferencia, autoestima y *habitus*. En ese sentido, su lectura es harto interesante y provechosa, derivando en la idea de que los individuos sociales son sistemas sociales autónomos, que se valen de la autoexpresión como forma de acceso a la autopercepción. Sistemas que son susceptibles de agruparse en su analogía en *modelos de autopercepción* o formas abstractas típicas de un conjunto de sistemas individuales de autopercepción.

Con el capítulo 4 comienza la descripción de la *parte empírica de la inves-*

tigación, desde su diseño hasta su realización empírica, que se continúa en el capítulo 5 y termina con el análisis de los modelos de autopercepción del capítulo 6 y último. Es una parte del trabajo que alcanza niveles importantes de complejidad y puede verse en muchos momentos como un verdadero manual de metodología cualitativa, en lo que al análisis de las técnicas utilizadas particularmente se refiere. La muestra está constituida por 118 estudiantes del último curso de la desaparecida EGB, de cuatro colegios públicos de distintos barrios de Madrid. La recogida de datos se llevó a cabo mediante una redacción que, durante una hora, pudo realizar cada uno de estos estudiantes sobre «cómo te ves a ti mismo/a como joven, como persona de mediana edad y como anciano/a». A lo largo de la exposición metodológica, se compara la técnica de la redacción con otras similares, como el grupo de discusión, y se estudian los diferentes métodos utilizados en las etapas de la investigación: 1) el análisis de contenido de la información proporcionada por las redacciones; 2) el análisis sociosemántico de los datos generados anteriormente, y 3) el análisis interpretativo. De igual manera, la autora estudia en profundidad los posibles problemas epistemológicos y metodológicos que pueden presentar las técnicas de análisis utilizadas (homogeneidad, relevancia, fiabilidad...); consiguiendo gran rigor y brillantez a lo largo de estas páginas, a pesar de lo denso de la escritura y el lenguaje abigarrado y difícil a que obliga el alto grado de abstracción discursiva. Explica, igualmente, el proceso de conversión de las palabras significativas que destacan en los textos escritos en conceptos y de éstos en categorías analíticas, con las que ha utilizado como Q-análisis un JACCARD o coeficiente de similitud, constituyendo los valores de proximidad y el *input* para el escalamiento multidimensional.

Su resultado se recoge en unos *gráficos sociosemánticos* de los que la investigadora deduce, usando su intuición semántica, tres *modelos de autopercepción*.

1. el *profesional*, mayoritario y que acoge al 42 % de la muestra, caracterizado por la enorme importancia que presta a la autorrealización profesional;
2. el *familiar*, minoritario (27 % de la muestra) y eminentemente masculino, en el que resalta el sentimiento de pertenencia a una familia;
3. el *dual* o conflictivo, eminentemente femenino.

El modelo profesional tiene, a su vez, dos submodelos: el ejecutivo, que incluye la posibilidad de un futuro en torno a una familia tradicional y donde predominan los chicos, y el progresista, que excluye esa posibilidad y en donde predominan las chicas. Quizás se pueda ver una desproporción entre el generoso tratamiento teórico y metodológico del trabajo, la profusa erudición que dedica a la presentación del marco teórico y al análisis de los instrumentos metodológicos, con la reducida extensión dedicada al análisis de los modelos de autopercepción, objetivo al fin y al cabo del estudio, para el que la conducta futura de esos estudiantes dependerá fundamentalmente de esos sistemas de autopercepción, que constituyen la base para su toma de decisiones y de su acción social. También, y aunque está suficientemente justificada su necesidad, no dejan de parecer excesivas las intermediaciones (proceso de homologación conceptual, reducción del número de sujetos y de categorías) entre los datos tal y como salen de las redacciones y el *input* que entra finalmente en el ASCAL del SPSS del ordenador, concediéndosele a la intuición semántica investigadora (¿se trata acaso de una versión racionalizada del «ojo clínico» del profesional de la medicina?) un intervencionismo que pudiera parecer excesivo y susceptible de

incorporar sucesivos sesgos y capas de error a lo largo del proceso reflexivo, sobre todo cuando éste se presenta como cualitativo.

Pero, si el libro comienza con valentía, no termina de peor guisa, debiendo valorarse el arrojo e interés de afrontar las posibles implicaciones prácticas en unas apretadas y oportunas conclusiones, en las que su autora, Capitolina Díaz, retoma la idea de la *motivación socioeducativa* y la propone como base de un intento bienintencionado de superar los efectos negativos que el proceso escolar tiene en el sistema de autopercepción; aventurando una escolarización exitosa cuando se produzca el acoplamiento estructural entre el proceso educativo y el sistema de autopercepción del estudiante. Tal propuesta viene a resolver de manera favorable la tensión antes creada entre responsabilizar a los sujetos individuales de procesos sociales de mayor magnitud, al hacer recaer en esos sistemas individuales de autopercepción el resultado o logro académico y vital, y el potencial que les abre para la autorrealización y la innovación cultural que pueden desarrollar a través de la educación. Probablemente, una teoría del poder explicaría mejor y completaría la asimetría entre los elementos auto y heteromorfos que condicionan la acción social.

Completa el libro una amplia bibliografía, cuidada en lo temporal y conceptual, junto con un bien elaborado índice analítico. De manera que, valorado en su conjunto, el trabajo recogido en el volumen aparece suficientemente interesante para conceder a su adquisición, conocida su original redacción lingüística, la expresión tan cara a los ingleses de *good value for money*, pues pocos trabajos tienen en su lectura más aprovechamiento, tanto en lo sustantivo como en lo metodológico, que el libro comentado.

Antonio Guerrero Serón
Universidad Complutense de Madrid